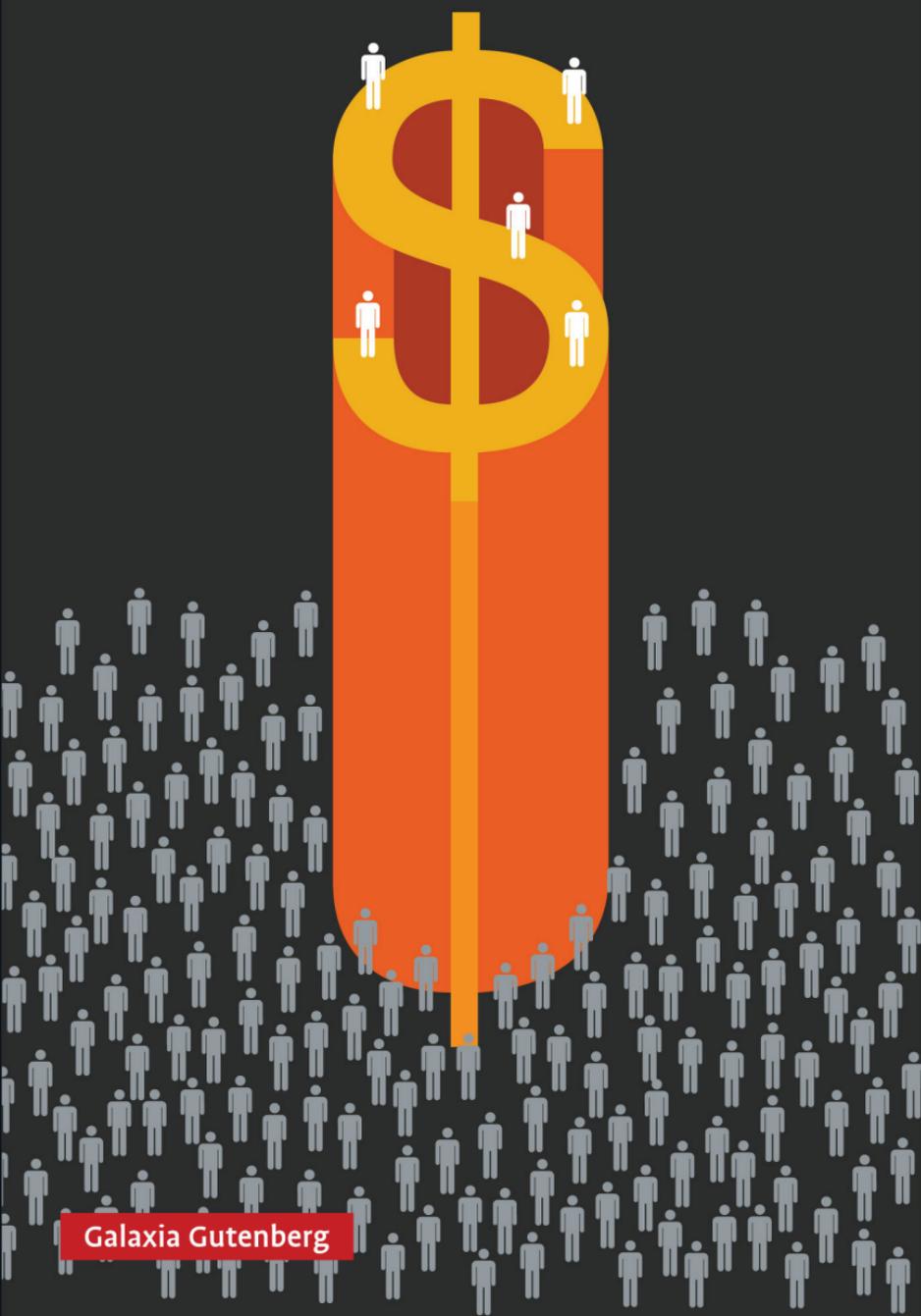


Antonio Ariño y Juan Romero
La secesión de los ricos



Galaxia Gutenberg

Antonio Ariño y Juan Romero

La secesión de los ricos

Prólogo de
Josep Ramoneda

Galaxia Gutenberg

También disponible en ebook

Edición al cuidado de María Cifuentes

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: septiembre 2016

© Antonio Ariño Villarroya, 2016
© Juan Romero González, 2016
© del prólogo: Josep Ramoneda, 2016
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2016

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Rodesa
Depósito legal: B. 15100-2016
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-16734-10-8

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Les hommes naissent et demeurent libres et égaux en droits. Les distinctions sociales ne peuvent être fondées que sur l'utilité commune.

*Declaration des droits de l'homme
et du citoyen, 1789, art. 1*

Si hay esclavos por naturaleza, es porque los esclavos han sido hechos contra natura.

JEAN-JACQUES ROUSSEAU,
El contrato Social, 1762

Si nadie es responsable, si no se puede culpar a ningún individuo por lo que ha ocurrido, quiere decir que el problema está en el sistema económico y político.

JOSEPH STIGLITZ,
El precio de la desigualdad, 2014

La secesión de las élites

UN FENÓMENO ESTRUCTURAL

Un fantasma recorre el mundo; y no es el comunismo ni tampoco la rebelión de las masas. Se trata, más bien, de la secesión de las élites y, dentro de ellas, muy especialmente, la de los ricos.

Como ya afirmara Christopher Lasch, en 1996, «hubo una época en que se sostuvo que la “rebelión de las masas” amenazaba el orden social y las tradiciones civilizadoras de la cultura occidental. Pero, en nuestra época, la principal amenaza no parece proceder de las masas sino de los que se encuentran en la cúspide de la jerarquía social» (Lasch, 1996: 31). Diez años después, en *Evil Paradises. Dreamworlds of Neoliberalism*, Mike Davis y Daniel Bertrand Monk describieron la secesión espacial y moral sin precedentes de los más ricos respecto al resto de la humanidad. Pierre Rosanvallon, en un texto imprescindible para entender la construcción del Estado social en la Europa del siglo xx, ha fijado la atención sobre lo que define como *la época de las secesiones y las separaciones*. En su opinión, el proceso de *desnacionalización de las democracias*, «se traduce en el hecho de que se han dañado los fundamentos sociológicos, y casi antropológicos, del vivir-juntos. Lo atestigua ante todo lo que llamaríamos la secesión de los ricos, es decir, el hecho de que la franja más favorecida de la población vive ya fuera del mundo común. Los exilios fiscales constituyen su ejemplo más notable. Los ricos practican esta secesión abiertamente, retirándose materialmente de la solidaridad na-

cional. Desde un punto de vista jurídico, siguen siendo ciudadanos, pero ya no son parte interesada de la comunidad» (Rosanvallon, 2012: 339).

Estamos, pues, ante un hecho crucial de la época presente, anterior a la Gran Recesión y contribuyente neto a su estallido y dinámica. Tras el derrumbamiento de la URSS y la caída del Muro de Berlín, incluso un poco antes, asistimos a una histórica revancha. Nadie ha podido identificar su naturaleza con más cruda ironía y verosimilitud que Warren Buffett: «Efectivamente hay una guerra de clases y los míos la están ganando por goleada». Los problemas de legitimación de las sociedades avanzadas no procedían de la base social, sino de la cúspide. Angela Merkel, en unas declaraciones en 2013, señalaba dos de las manifestaciones de esta secesión: la fuga de gran parte de los capitales fuera de los países de residencia de las élites económicas y su falta de compromiso y de lealtad con los avatares de sus sociedades: «Tengo la sensación de que los ciudadanos de muchos países saben perfectamente cuáles fueron los errores cometidos en sus países en el pasado. Lamento que a menudo sean precisamente los que no tuvieron nada que ver con esos errores, los jóvenes y los más desfavorecidos, quienes hoy más padecen las consecuencias. Con frecuencia, las personas con capital ya hace tiempo que han salido del país o cuentan con otras posibilidades para protegerse. Los ricos en los países más afectados por la crisis podrían ser muy útiles si se comprometieran más. Es muy lamentable que parte de las élites económicas asuman tan poca responsabilidad por la deplorable situación actual» (*El País*, 2 de julio de 2013).

La secesión de las élites es a la vez el síntoma, el signo más relevante y una de las causas de los cambios profundos que, desde hace cuarenta años, se vienen produciendo en el mundo actual y que conforman un nuevo tipo de capitalismo. Tiene, por tanto, dimensiones subjetivas y objetivas, y consiste en un proceso de desanclaje financiero, económico, político, cultural, moral y residencial de las élites en relación con la sociedad en la que se hallan nacionalizadas y tributan.

Adam Smith ya observó en el siglo XVIII que los propietarios de las tierras se identificaban con el país donde se hallaban sus dominios, pero que los propietarios de acciones se liberaban de esta incardinación territorial y desarrollaban una identidad más extensa, puesto que el dinero no tiene raíces. Ahora, con la digitalización de todo tipo de transacciones, sabemos que ni siquiera necesita pies y que una de las formas de entender la sentencia clásica *pecunia non olet* es la de su intangibilidad, instantaneidad de operación y extraterritorialidad.

¿Por qué hablamos de secesión? Quienes se vienen ocupando de las tendencias de la distribución de la riqueza en las sociedades avanzadas durante las tres últimas décadas han introducido los conceptos de dualización, polarización, fractura o separatismo. Nosotros preferimos el término secesión porque designa un acto de separación, distanciamiento e independencia relativa de un grupo respecto a un conjunto al que previamente pertenecía; alude a un tiempo a comportamientos individuales y caracteres o perfiles personales, estrategias de grupo y procesos estructurales, siendo estos últimos muy relevantes en tanto que condiciones de posibilidad de la misma. Por tanto, al utilizar dicho término sugerimos que el análisis deberá ocuparse de esta diversidad de niveles y de la imbricación entre ellos.

La secesión comporta una actuación relativamente consciente y voluntaria de determinados sujetos o agentes individuales y el despliegue de una estrategia grupal frente a un sistema previo de integración y consenso relativos. Ambos aspectos se dan en la secesión de las élites que se viene produciendo en las últimas décadas: quienes hoy las componen han adquirido determinadas pautas de comportamiento y adoptan unos concretos estilos de vida, tienen una personalidad o *habitus* distintivo que es resultante de la identificación de sus riquezas y de las posiciones conquistadas con lo que conciben como su talento y su mérito singulares; consideran que tienen determinados derechos por haber alcanzado esas cimas de la opulencia y adoptan conductas que úni-

camente son posibles cuando sus fortunas no sólo les ponen a resguardo de los riesgos vitales que producen incertidumbre en el común de la gente sino que garantizan su confort material. Adoptan estilos de vida que incluyen como rasgos diferenciadores, a un tiempo y sin contradicción, el consumo ostentoso y la filantropía, la exuberancia pública y pautas de interacción endogámicas y segregadas, estrategias de distinción y de reproducción que van desde la educación de los hijos en centros selectos de excelencia internacional y la homogamia matrimonial, así como la organización en *think tanks* y la presión en las esferas del poder para que se adopten medidas que les permitan la optimización fiscal, uno de los principales ámbitos de innovación contemporánea.

Conductas individuales, caracteres o perfiles y estrategias son, en gran parte, una consecuencia lógica —una más— derivada de los cambios profundos en el sistema social que permite determinadas formas de acumulación (aquí juega un papel relevante el capital financiero) y las proyecta al conjunto de la sociedad como ideales; pero no son un mero subproducto del sistema, pues como actores las élites han sido muy activas en la definición de las políticas de desregulación y deslegitimación que han mejorado sus posiciones, sus beneficios y su capacidad extractiva.

Así pues, con el término secesión nos referimos, por supuesto, a un fenómeno personal individual, de orden moral y psicológico. Basta con repasar brevemente las biografías de Bill Gates, Carlos Slim, Warren Buffett o Amancio Ortega, los cuatro hombres más ricos del mundo según las listas Forbes o Bloomberg; o la de Peter Fung, nuevo multimillonario chino o la de Ingvar Kamprad, fundador de Ikea; así como las de Johnny Depp, Lady Gaga, Julio Iglesias, Shakira, Lionel Messi o Cristiano Ronaldo.

Las biografías permiten constatar la diversidad interna en la categoría de los superricos y de las élites en general: hay ricos emprendedores, austeros, industriosos y ahorradores, mientras que otros son ostentosos, despilfarradores y parásitos; los hay filántropos y avariciosos, laboriosos y

creadores de bienes así como corruptos y criminales, inversores y dilapidadores, creadores y extractores, y los sujetos que componen estas categorías opulentas toman decisiones subjetivas que se orientan por pautas morales más o menos éticas y adoptan conductas más o menos normales o patológicas.

Algunos autores, como el naturalista Richard Conniff en la *Historia natural de los ricos* (2002), sostienen que éstos pueden ser estudiados como una subespecie del reino animal, cuyas conductas encuentran semejanzas ostensibles entre las sociedades de primates y de otros animales. No cabe duda que entre las especies humanas se han debido dar todas las conductas descritas por Conniff con tan sagaz sentido del paralelismo y de la ironía, pero con la invención de la agricultura y los primeros sistemas de acumulación de poder social las sociedades humanas generan nuevos tipos de poder y de construcción de élites.

La biología y la psicología pueden contribuir a iluminar numerosos aspectos del funcionamiento de las sociedades humanas, pero las desigualdades construidas socialmente deben ser analizadas y entendidas con claves históricas y sociales. Por ello, abordamos el proceso actual de secesión de las élites desde una perspectiva estructural: ello significa que la actual concentración de la riqueza requiere determinadas condiciones de producción y distribución de la misma (que no se explican por los comportamientos naturales de la especie o individuales de los ricos, es decir, por su biología o sus biografías).

De acuerdo con Pierre Briançon, deberíamos preguntar qué ha hecho posible tamaña opulencia, y siguiendo a Thierry Pech interrogar a las élites si han alcanzado las cumbres de la riqueza *exclusivamente* por su propio esfuerzo, talento, creatividad, espíritu innovador y méritos. Según Pech (2011: 76), hace falta el concurso activo de un capitalismo globalizado y ampliamente financiarizado, de políticas fiscales proclives a la acumulación, justificaciones económicas y una religión del éxito individual. Por su parte, Andrew

Sayer (2016: 9) se pregunta si los ricos que hoy se han hecho todavía más ricos han logrado serlo porque crean riqueza con más emprendimiento y dinamismo que sus predecesores o porque saben extraer más de una época que produce menos: «necesitamos mirar a las circunstancias –añade– que les permiten ser ricos a expensas de otros» y analizar también la cuestión de la *legitimidad* de su riqueza.

Por otro lado, este carácter estructural se manifiesta también en la relación estrecha que existe con otros fenómenos: aunque las élites se congratulan de sus éxitos y recriminan a los demás sus destinos precarios, lo cierto es que existe una correlación entre la concentración de los recursos en pocas manos y el incremento de la vulnerabilidad social, del trabajo precario y de la pobreza; e igualmente se produce una correlación inversa entre acumulación de poder y recesión de la democracia. Como veremos, cada vez hay mayor evidencia de que un aumento de la desigualdad, como el que estamos viviendo, constituye una de las causas de la crisis económica actual.

La secesión de las élites es el resultado del avance del capitalismo financiero a caballo de la revolución de las sociotecnologías digitales, propulsada por la estrategia de clase de asegurar las ganancias en contextos de crecimiento lento así como por las políticas a ello ajustadas de reducción de la presión fiscal y de austeridad, y finalmente propiciado por la disolución del poder intimidatorio de fuerzas como las organizaciones sindicales y las alternativas al capitalismo, tras el derrumbamiento de la URSS y la caída del Muro de Berlín (Mizuchi, 2013; Rosanvallon, 2012; Streeck, 2015).

La interpretación de este fenómeno de secesión como un síndrome moral o psicopatológico, incluso como un combate ideológico, es ver mal, ver poco y no ver muy lejos, como sostiene Pech. La secesión cabalga sobre el avance de la financiarización de la economía y sus implicaciones en la vida social, donde por fin se impone la lógica autónoma (amoral) del dinero como valor y fin supremo (el dinero produce directa y principalmente dinero). Por ello, la secesión de las

élites se manifiesta primordialmente en la secesión de los megasuperricos relacionados con el mundo financiero, pero también la trasciende.

En suma, pues, preferimos el término secesión frente a otros porque permite mostrar el entrelazamiento complejo de la dimensión estructural, la estratégica y la individual. En este mundo globalizado, más que nunca, quienes poseen grandes fortunas las han amasado y las gestionan extraterritorialmente. Una parte importante de su riqueza no procede del país donde han nacido y donde tienen su residencia principal, y en general la mueven, con la celeridad de los algoritmos, por los centros financieros que más beneficios les reportan, al margen de y fuera del país donde declaran sus impuestos. Se trata de una pauta en el seno de un fenómeno más general, el *offshoring*, que conlleva ocultación de la parte más sustancial de las fortunas y, por consiguiente, de sus fuentes de procedencia, y ya no sólo la optimización sino también la elusión de las obligaciones fiscales.

La secesión es multidimensional y, por tanto, se manifiesta en la política, la cultura y la moral: al tiempo que se detesta y critica la intervención redistribuidora del Estado en el ámbito nacional y que se produce una creciente desvinculación de cualquier proyecto de sociedad integrada y cohesionada —es decir, se abandonan como una lacra las transacciones en que se fundaron las sociedades de bienestar después de la Segunda Guerra Mundial—, se propaga una defensa de la filantropía global y de la responsabilidad corporativa, del mecenazgo individual, como expresiones instrumentales de un supuesto sentido de responsabilidad moral («devuelvo a la sociedad parte de lo que he recibido»). El capitalismo extractivo propone resolver la cuestión social, como en la Edad Media, mediante el donativo.

Sostenemos que la secesión de las élites (especialmente de los ricos) no es sino un signo de un cambio profundo en el sistema social. Hay otros fenómenos que nos acompañarán en este estudio porque se hallan íntimamente trabados y entrelazados con ella: el *outsourcing*, la flexibilización de los

mercados y la jibarización del Estado, el ascenso de las desigualdades con su múltiple faz (concentración de la riqueza en pocas manos, incremento del número de superricos, empobrecimiento de la mayoría de la población, dispersión y divergencia de la distribución de la riqueza, paro estructural, incremento del volumen de trabajadores pobres y de la vulnerabilidad social) y los cambios en las mentalidades y en los estilos de vida.

Al hablar de secesión también nos hemos impuesto un cambio de perspectiva en otro sentido. En el ámbito de la política, por ejemplo, para calificar la relación actual entre los electorados, los partidos y sus líderes, se suele sostener que existe una inversión del clima político caracterizada esencialmente por la «desafección» de los electores hacia «sus» partidos tradicionales «naturales»: ya no hay una clase obrera cohesionada que vote mayoritariamente a la izquierda, sino que puede dirigir sus preferencias a los partidos de extrema derecha, como se ha mostrado en las elecciones europeas o francesas recientes. Ésta es una visión arbitraria, determinista y sesgada, primero porque la estructura social ha cambiado más rápidamente que los partidos; y segundo porque no son los electores los que abandonan a «sus» partidos y sus líderes, sino más bien éstos los que, anclados en sus luchas intestinas, se han alejado de los intereses y preferencias generales y apuestan por satisfacer intereses de grupo, permiten que la riqueza concentrada compre poder político, bloquean políticas distributivas, aplican recortes en dimensiones vitales y sólo tratan de acercarse a los electores periódica y ritualmente para recoger sus votos. Una vez en el poder olvidan sus promesas, ejecutan políticas dictadas por fuerzas externas, no les repugnan las alianzas con las grandes fortunas, imponen sacrificios injustos a las clases medias y populares, asumen la ideología de la flexiausteridad y declaran «compungidos» hacer todo ello contra su voluntad, pero al servicio del bien común, movidos por el imperativo de lo inevitable.

No sucede algo muy distinto en el universo «superior» de las estrellas de la música y del cine, de la cultura y del

deporte, de la arquitectura, de las artes escénicas y visuales, de la escultura, de los líderes mediáticos, que viven en mundos paralelos y autorreferentes, sin anclaje social, por más que gocen de mayor complacencia y atractivo, dado que alimentan sueños y consuelan de frustraciones a la gente del común. Según Andrew Sayer (2016: 55), Michael Jordan, Tiger Woods, Paul McCartney, Lionel Messi u Oprah Winfrey son ejemplos claros «de personas que hacen cosas que muchas gentes valoran como especiales, que mejoran las vidas de sus seguidores», pero si nadie les siguiera no podrían ser ricos.

Antes de entrar más a fondo a desgranar y cimentar nuestro argumento, conviene hacer algunas advertencias al lector. Hablamos de secesión de los ricos porque creemos que el título de un libro, además de orientar, debe provocar, no porque creamos haber identificado con precisión anatómica una categoría social bien delimitada, *una clase en sí y para sí*. Tanto la riqueza como la pobreza son fenómenos relativos, que no irrelevantes. Del mismo modo que se puede (y se debe) hablar de una pobreza relativa, es decir, relacionada con los ingresos medios de la población, también hay una riqueza relativa y se pueden construir graduaciones en los niveles de opulencia. El contexto y los grupos de referencia cuentan mucho, como veremos.

Por otra parte, el término rico, que como sustantivo es sinónimo de adinerado, hacendado y acaudalado, y como adjetivo de abundante, afluente y opulento, resulta poco útil para describir la distribución de la riqueza en la cúspide de la sociedad global o de cualquier sociedad nacional. Cuando hablamos de una persona adinerada todavía podemos imaginar con cierta aproximación qué cantidad y tipo de bienes y servicios podría comprarse con sus caudales, pero si alguien tiene una fortuna tal que equivale a varios millones de años el salario mínimo interprofesional de su país, ¿cómo pueden las gentes ordinarias poner en relación estas magnitudes con las expectativas de sus vidas? Por ejemplo, en España, la distancia entre el salario mínimo interprofesional

(655,20 euros en 2016) y la fortuna personal de Amancio Ortega, la segunda del planeta con más de 72.000 millones de dólares, es abismal. Las categorías con que nos hemos movido para describir la realidad son insuficientes y minimizan la dispersión de la riqueza. Hay que analizar con detalle los gradientes que se producen entre el 10% más acaudalado de una sociedad y el resto de la población, pero no sólo porque los instrumentos con que medimos estas magnitudes son muy insuficientes, sino porque existe una tendencia a infravalorar el alcance de la fortuna de los ricos. Además, en el interior del percentil más alto –ya sea el 10% o el 1% existen enormes diferencias–, los más ricos de los ricos son los que más han visto crecer sus fortunas.

Tercera advertencia: la acumulación de estas ingentes sumas de riqueza se han producido en sociedades democráticas, no en las del Antiguo Régimen. Abolidos los privilegios de sangre, ¿cómo es posible que se hayan alcanzado *legítimamente* estas magnitudes que no tienen parangón histórico? El talento, el mérito y la utilidad común del trabajo, ¿pueden, por sí mismos, llegar a construir estas vastas y descomunales fortunas? Las claves morales o psicológicas no nos ayudarán mucho a encontrar respuestas válidas. Además, el fundamento mismo de la democracia queda en cuarentena cuando la dispersión de la riqueza otorga un poder tan desmesurado a determinados grupos y cuando la ideología del mérito actúa contra la justicia y la igualdad.

Finalmente, queremos distanciarnos desde el principio de todos aquellos que piensan que esta «absurdidad histórica» no es sino expresión de una patología o de que un sistema concreto ha llegado a su fin. Muchos entonaron sus funerales en 2008 y después sólo hemos visto más capitalismo, aunque sea de otra naturaleza. André Gorz o Thierry Pech, por citar dos ejemplos, consideran que este sistema está tocando hoy a «su estadio terminal». Tal vez sea más razonable apuntarse a la tesis de Thomas Piketty de que hemos entrado en un nuevo ciclo histórico de concentración de la riqueza: la perspectiva de la larga duración, combina-

da con las enseñanzas del pasado, nos deberían volver más cautelosos. ¿No será más esclarecedor y audaz preguntarse si la «anomalía histórica» fueron precisamente los treinta años posteriores a la Segunda Guerra Mundial o incluso los doscientos cincuenta años de lo que Angus Deaton (2015) llamaba la gran evasión?

UNA ATALAYA EXTERNA

Un importante defecto óptico en el análisis de lo que nos sucede tiene que ver con la ceguera voluntaria que se asentó en las élites y en la sociedad española durante las dos últimas décadas.

Cuando, entre el año 2000 y el 2007, el ladrillo y el cemento llevaban la economía española en volandas, también había voces –algunas de ellas de responsables de organizaciones empresariales– que mostraban su convencimiento de que este modelo o patrón de crecimiento carecía de futuro, pero tenían buenas razones en el día a día para seguir apostando por él. Hacían lo mismo que quien apura la última calada del cigarro que se está fumando y tiene buenos motivos para disfrutarlo en ese momento, sin prevenir consecuencias lejanas; y con la misma inocencia con que se han venido consumiendo energías no renovables y emitiendo gases de efecto invernadero, sin calibrar los efectos acumulados y a largo plazo. Frente a esas buenas razones del presente satisfactorio, triunfante (el dinero entraba en el bolsillo o en la cuenta corriente) y dispendioso, a crédito, resulta difícil y contraintuitivo percibir que se ha sobrepasado un límite.

De hecho, todavía podríamos haber funcionado así durante algún tiempo, extrayendo los beneficios a la especulación inmobiliaria, vendiendo y construyendo, palmo a palmo, urbanización a urbanización, todo el territorio, si no hubiera sido porque las tan alabadas innovaciones del capitalismo financiero desregulado nos arrastraron por el despe-

ñadero y desnudaron las vergüenzas de nuestras bases económicas.

De pronto, despertamos del bello sueño: bruscamente, pero pensando que «no sería tan grave». Nadie puede excusarse ahora diciendo que no sabía que un mundo finito tiene límites por todas partes, pero la promesa autoinducida de que el día de mañana siempre sería mejor que el de hoy alentaba la esperanza de las soluciones milagrosas.

Podemos llamar a este fenómeno de ilusión y ceguera colectiva en la tardía modernidad el *efecto de las alarmas diferidas*. Los *smartphones* permiten crear un sistema de prealarmas en cadena de manera que, aunque suene la primera, podemos ignorarla porque sabemos que hemos previsto y preparado otras, que entre las sábanas se está muy confortable y que «todavía nos queda tiempo». Comprar tiempo, ésa ha sido la estrategia del avestruz. Tiempo a crédito. Aunque el ladrillo no podría ser un futuro para siempre, las recalificaciones de terrenos, los préstamos bancarios, la reventa de pisos, etcétera, funcionaban a la perfección y podían seguir haciéndolo un poco más. ¡Había tiempo! ¡Las ganancias que se obtenían eran jugosas y muy confortables! Cuando fuera necesario, despertaríamos y cambiaríamos de rumbo y de metas.

Los buenos motivos impedían ver las corrientes que se movían por debajo de las olas. En los centros de decisión macro y microeconómica «todo iba bien»: aunque se innovara con humo –hipotecas inmobiliarias, derivados, créditos *subprime*, *hedge funds*, preferentes– había gentes dispuestas a comprar; en la academia, el discurso hegemónico de la economía se interesaba por otros asuntos y en las ciencias sociales se ocupaba de las «sagradas» cuestiones de la diversidad y del reconocimiento. La obnubilación fue tan potente que hubo quien confundió la crisis con el advenimiento del final del capitalismo.

En este texto, nos proponemos mirar un poco más atrás de esta (cuando menos) década ominosa, de la Gran Recesión y de la precedente fiebre del ladrillo, y comenzar con

una perspectiva global, precisamente porque nos preocupa mucho este presente y sus posibles futuros. No se trata sólo de tomar perspectiva, sino también del convencimiento de que los procesos que han recorrido por debajo este periodo quedaban ocultos e impedían diagnosticar bien dónde estamos y hacia dónde nos encaminamos. Habíamos sido un país tan singular y diferente, que alguien pudo pensar que las nuevas diferencias nos eran favorables y, habiendo sobrepasado a Italia en renta per cápita, también lo haríamos con Francia (y quién sabe si algún día seríamos alemanes). No negaremos aquí nuestras singularidades; al contrario, pero preferiríamos situarlas en el horizonte de las grandes tendencias que se vienen produciendo desde hace tiempo (demográficas, económicas, sociales, culturales) en el marco europeo y cuya ignorancia no nos deparará nada bueno.

EL RELATO Y EL ARGUMENTO

El texto que finalmente tiene el lector entre sus manos, además de este capítulo introductorio dedicado a explicar el significado de la secesión de las élites, consta de otras cuatro partes.

El capítulo segundo –titulado «La segunda era dorada de la riqueza»– se centra en el fenómeno de la gran divergencia, partiendo de la tesis de que la desigualdad ha sido una de las causas de la crisis y se ha visto potenciada por ella hasta límites inimaginables hace diez años. En él, se analiza la distribución de la riqueza en el nivel global y se examina de forma concreta la acumulación lograda por una pequeña minoría así como las características de los megarricos, las estrategias de la secesión, las pautas del nuevo capitalismo y sus consecuencias e implicaciones en el empleo y los salarios.

En el capítulo tercero nuestro foco se desplaza a la situación en Europa y analiza el fracaso de unas élites empeñadas en impulsar un determinado tipo de políticas, centradas en

la austeridad, que están fracturando nuestras sociedades. No consideramos que existan alternativas fuera de Europa, pero sí creemos que hay alternativa. Hace falta más Europa, mejor Europa y otra Europa. Para ello, se deben soslayar y evitar las tentaciones de repliegue que, por el contrario, son cada vez más visibles.

El capítulo cuarto aproxima aún más la mirada y se ocupa de las fracturas sociales en España, observando convergencias y divergencias con nuestro entorno. La gran paradoja es que convergemos en los procesos de fondo –capitalismo financiero– pero, dada nuestra peculiar historia, divergimos cada vez más con el centro de Europa en el volumen de paro, en la temporalidad, en los costes laborales, en la exclusión, en la desigualdad o en la vulnerabilidad.

Finalmente, rematamos el libro planteándonos la pregunta, ¿hay alternativas? Y, al tratar de responderla, sintetizamos ideas expuestas a lo largo del texto, pero también giramos los espejos para interrogarnos sobre cuestiones que conciernen directamente a todos los ciudadanos y nos interpelan acerca de nuestra responsabilidad: por qué elegimos la desigualdad, por qué aceptamos su legitimidad en sociedades democráticas, cómo contribuimos a ello y si podemos permitirnos esta situación.

En algunas partes del libro hemos acudido a fuentes de información completamente nuevas como son los estudios e informes que publican las empresas que ahora se denominan de «inteligencia social», dedicadas en realidad a reunir información lo más amplia y rigurosa posible de las superélites y a asesorar a quienes hacen fortuna en el mundo de la plutonomía. En general, nos hemos servido de una gran cantidad de estudios, procedentes de muy diversas entidades, que se vienen publicando en los últimos años y que van desde los informes del Banco Mundial (BM), el Fondo Monetario Internacional (FMI), la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE) o la Organización Internacional del Trabajo (OIT) hasta los de diversas ONG como Oxfam Internacional; desde las oficinas de estadística de la

Unión Europea (UE) y de numerosas instituciones públicas hasta los observatorios de desigualdad que están emergiendo en distintos ámbitos académicos o para-académicos. El valor de la información procede, pues, de las fuentes que utilizamos. Nuestras aportaciones, si es que las hubiere, corresponden al ámbito de la organización e interpretación de los datos.

A lo largo del tiempo de gestación del libro, hemos tenido la oportunidad de debatir estas ideas en distintos foros, con distintas personas y muy especialmente con nuestro común amigo Rafael Tabares. Agradecemos las sugerencias y críticas que hemos recibido. También hemos gozado de la confianza inestimable de Josep Ramoneda, que publicó un avance de este texto en *La Maleta de Portbou* (enero de 2015) y de la supervisión atenta y rigurosa de la edición del texto por parte de María Cifuentes.

Nuestro propósito no es ofrecer un repertorio de soluciones concretas a los problemas que se van exponiendo, porque no nos sentimos ahora mismo capacitados para ello. Remitimos en este punto al excelente, riguroso y preciso libro de Anthony B. Atkinson (2015), al de Angus Deaton (2015) o al de Branko Milanovic (2016). Pero sí nos gustaría que la problemática compleja de la desigualdad en sociedades democráticas, de la secesión de los ricos y de la expulsión de capas crecientes de la población a los márgenes del sistema, ocupen el centro del debate público y académico; que haya un mejor conocimiento de las enormes distancias existentes entre los más ricos de los ricos y los más pobres; entre todas las clases de élites y las gentes corrientes, y una mayor conciencia de su carácter inaceptable. La tolerancia, al menos en este caso, es un pacto perverso con la indiferencia, que amenaza a la democracia y a la dignidad humana. La primera supone pasión por los asuntos públicos; la segunda coloca en el centro de lo público el bien común para las personas.